

2º DOMINGO PASCUA / B

La liturgia de este Domingo nos presenta esa comunidad de Hombres Nuevos que nace de la cruz y de la resurrección de Jesús: la Iglesia. Su misión consiste en revelar a los hombres la vida nueva que brota de la resurrección.

En la primera lectura tenemos, en una de las “fotografías” que Lucas presenta de la comunidad cristiana de Jerusalén, los rasgos de la comunidad ideal: es una comunidad formada por personas diversas, pero que viven la misma fe con un sólo corazón y en una sola alma; es una comunidad que manifiesta su amor fraterno en gestos concretos de compartir y de entrega y que, de esa forma, testimonia a Jesús resucitado.

En el Evangelio sobresale la idea de que Jesús vivo y resucitado es el centro de la comunidad cristiana; y alrededor de él la comunidad se organiza y de él recibe la vida que la anima y que le permite afrontar las dificultades y las persecuciones. Por otro lado, es en la vida de la comunidad (en su liturgia, en su amor, en su testimonio), donde los hombres encuentran las pruebas de que Jesús está vivo.

La segunda lectura recuerda a los miembros de la comunidad cristiana los criterios que definen la vida cristiana auténtica: el verdadero creyente es aquel que ama a Dios, que se adhiere a Jesucristo y a la propuesta de salvación que, a través de él, el Padre hace a los hombres, y que vive en el amor a los hermanos. Quien vive de esta manera, vence al mundo y pasa a formar parte de la familia de Dios.

1. Primera lectura: Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 32-35

En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y Dios los miraba a todos con mucho agrado. Ninguno pasaba necesidad, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno.

1.1 Ambientación

Los “Hechos de los Apóstoles” son una catequesis sobre la “etapa de la Iglesia”, esto es, sobre la forma como los discípulos asumirán y continuarán el proyecto salvador del Padre y la llevarán, después de la marcha de Jesús de este mundo, a todos los hombres.

El libro se divide en dos partes. En la primera (cf. Hch 1-12), la reflexión nos presenta la difusión del Evangelio dentro de las fronteras palestinas, por la acción de Pedro y los Doce; en la segunda (cf. Hch 13-28) se nos presenta la expansión del Evangelio fuera de Palestina (hasta Roma), sobre todo por la acción de Pablo.

El texto que hoy nos es propuesto pertenece a la primera parte del Libro de los Hechos de los Apóstoles. Forma parte de un conjunto de sumarios a través de los cuales Lucas describe aspectos fundamentales de la vida de la comunidad cristiana de Jerusalén. Un primer sumario, es dedicado al tema de la unidad y al impacto que el estilo cristiano de vida provocó en la población de la ciudad (cf. Hch 2,42-47); en un segundo sumario (y que es exactamente el texto que hoy se nos propone) se refiere sobre todo al compartir de los bienes (cf. Hch 4,32-35); el tercero, trata del testimonio que la Iglesia da a través de la actividad milagrosa de los apóstoles (cf. Hch 5,12-16).

Naturalmente, estos sumarios no son un retrato histórico riguroso de la comunidad cristiana de Jerusalén, a principios de la década de los años 30 (aunque puedan tener bases históricas). Cuando Lucas escribe estos relatos (década de los 80), se había enfriado ya el entusiasmo inicial de los cristianos: Jesús no ha venido para instaurar definitivamente el “Reino de Dios” y se sitúan en el horizonte próximo las primeras grandes persecuciones... Hay algún descuido, falta de entusiasmo, monotonía, división y confusión (hasta empiezan a aparecer falsos maestros, con doctrinas extrañas y poco cristianas). En este contexto, Lucas recuerda lo esencial de la experiencia cristiana y traza el cuadro de aquello que la comunidad debe ser.

1.2 Mensaje

¿Cómo será, entonces, esa comunidad ideal, que nace del Espíritu y del testimonio de los apóstoles?

En primer lugar, es una comunidad formada por personas muy distintas, pero que abrazan la misma fe (“la multitud de los que habían abrazado la fe”, v. 32a). La “fe” es, en el Nuevo Testamento, la adhesión a Jesús y a su proyecto. Para todos los miembros de la comunidad, el Señor Jesucristo es la referencia fundamental, el cimiento que a todos une en un proyecto común.

En segundo lugar, es una comunidad unida, donde los creyentes tienen “un solo corazón y una sola alma” (v. 32a). De la adhesión a Jesús surge, obligatoriamente, la comunión de todos los “hermanos” de la comunidad. La comunidad de Jesús no puede ser una comunidad donde cada uno trabaja para sí, preocupado por defender solamente sus intereses personales; sino que tiene que ser una comunidad donde todos caminan en la misma dirección, ayudándose mutuamente, compartiendo los mismos valores y los mismos ideales, formando una verdadera familia de hermanos que viven amándose.

En tercer lugar, es una comunidad que comparte los bienes. De la comunión con Cristo resulta la comunión de los hermanos entre sí; y eso tiene implicaciones prácticas. En concreto, implica la renuncia a cualquier tipo de egoísmo, de autosuficiencia, de cerrazón en uno mismo y una apertura de corazón para compartir, para darse, para el amor. Expresión concreta de ese compartir es la comunión de bienes: “nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, sino que lo poseían todo en común”, v. 32b).

En una explicación que explicita este “poner en común”, Lucas cuenta que “Ninguno pasaba necesidad, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno” (vv. 34-35). Es una forma concreta de mostrar que la vida nueva de Jesús, asumida por los creyentes; es una efectiva liberación de la esclavitud del egoísmo y un compromiso verdadero con el amor, con la donación de la vida. En un mundo donde la realización del éxito se mide por los bienes acumulados y que no entiende el compartir y la donación, la comunidad de Jesús está llamada a dar ejemplo de una forma de pensar diferente y a proponer un mundo que se base en los valores de Dios.

Finalmente, es una comunidad que da testimonio: “Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor” (v. 33). Los gestos realizados por los apóstoles infundían en todos aquellos que los testimoniaban, la innegable certeza de la presencia de Dios y de sus dinamismos de salvación.

La primitiva comunidad cristiana, nacida del don de Jesús y del Espíritu es, verdaderamente, una comunidad de hombres y mujeres nuevos, que da testimonio de la salvación y que anuncia la vida plena y definitiva. La fe de los discípulos, su unión y, sobre todo, ese “ilógico” y “absurdo” compartir los bienes, era la “prueba” de que Cristo estaba vivo y actuando en el mundo, ofreciendo a los hombres un mundo nuevo. A Cristo resucitado, los habitantes de Jerusalén, no le podían ver; pero lo que ellos podían ver era la asombrosa transformación operada en el corazón de los discípulos, capaces de superar el egoísmo, el orgullo y la autosuficiencia y de vivir en el amor, en el compartir, en la donación de la vida. Vivir de acuerdo con los valores de Jesús es la mejor forma de anunciar y de testimoniar que Jesús está vivo.

¿La comunidad cristiana de Jerusalén era, de hecho, esta comunidad ideal? Posiblemente no (otros textos de los Hechos nos hablan de tensiones y de problemas, como sucede en cualquier comunidad humana); pero la descripción que Lucas hace aquí, apunta hacia la meta a la que toda comunidad cristiana debe aspirar, confiada en la fuerza del Espíritu. Se trata, por tanto, de una descripción de la comunidad ideal, que pretende servir de modelo a la Iglesia y a las iglesias de todas las épocas.

1.3 Actualización

■ La comunidad cristiana es una “multitud” que abrazó la misma fe, quiere decir, que se adhirió a Jesús, a sus valores, a su propuesta de vida. La Iglesia no es un grupo unido por una ideología, o por una misma visión del mundo, o por la simpatía personal de sus miembros; es una comunidad que agrupa a personas de diferentes razas y culturas, unidas alrededor de Jesús y de su proyecto de vida y que, de forma diversa, intentan encarnar la propuesta de Jesús en la realidad de su vida cotidiana. ¿Qué

lugar y qué papel ocupa Jesús y sus propuestas en mi vida personal y en la vida de mi comunidad cristiana? ¿Jesús es una referencia distante y poco real o es una presencia constante, que me interroga, me cuestiona y me señala caminos?

■ La comunidad cristiana es una familia unida, donde los hermanos tienen “un solo corazón y una sola alma”. Tal hecho surge de la adhesión a Jesús: sería un absurdo adherirse a Jesús y a su proyecto y, después, dirigir la vida de acuerdo con mecanismos de división, de separación, de egoísmo, de orgullo, de autosuficiencia... ¿Mi comunidad cristiana es una comunidad de hermanos que viven en el amor, o es un grupo de personas aisladas, en la que se intenta defender los propios intereses, aunque para ello tenga que ofender y pisotear a los otros? ¿Me esfuerzo en amar a todos, en respetar la libertad y la dignidad de todos, por potenciar las aportaciones y las cualidades de todos?

■ La comunidad cristiana es una comunidad del compartir. En el centro de esa comunidad está el Cristo del amor, del compartir, del servicio, de la donación de la vida... El cristiano no puede, por tanto vivir cerrado en su egoísmo, indiferente a la suerte de sus hermanos. En concreto, nuestro texto habla del compartir los bienes... Una comunidad donde algunos derrochan los bienes y en donde otros no tienen lo suficiente para vivir dignamente, ¿será una comunidad que testimonia, ante los hombres, ese mundo nuevo de amor que Jesús trajo? ¿Será cristiano aquel que, aun yendo a la iglesia, sólo piensa en acumular bienes materiales, rehusando escuchar los dramas y sufrimientos de los hermanos más pobres? ¿Será cristiano aquel que, aun contribuyendo con dinero a las necesidades de la parroquia, explota a sus obreros o comete injusticias?

■ La comunidad cristiana es una comunidad que testimonia al Señor resucitado. ¿Cómo? ¿A través del discurso apologético de los discípulos? ¿A través de palabras elegantes y de discursos bien elaborados, capaces de seducir y de manipular a las masas? El testimonio más impresionante y más convincente será siempre el testimonio de la vida de los discípulos... Si conseguimos crear verdaderas comunidades fraternas, que vivan en el amor y en el compartir, que sean signos en el mundo de esa vida nueva que Jesús vino a proponer, estaremos anunciando que Jesús está vivo, que está actuando en nosotros y que, a través de nosotros, él continúa presentando al mundo una propuesta de vida verdadera.

Salmo 117 *Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.*

Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. Diga la casa de Aarón: eterna en su misericordia. Digan los fieles del Señor: eterna es su misericordia.

La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa. No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. Me castigó, me castigó el Señor, pero no me entregó a la muerte.

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. Éste es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo.

2. Segunda lectura: Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 5, 1-6

Queridos hermanos: Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios; y todo el que ama a Dios que da el ser ama también al que ha nacido de él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos. Pues en esto consiste el amor a Dios: en que guardemos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son pesados, pues todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Éste es el que vino con agua y con sangre: Jesucristo. No sólo con agua, sino con agua y con sangre; y el Espíritu es quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.

2.1 Ambientación

No es fácil la identificación del autor de la primera Carta de Juan. Se presenta a sí mismo como “el Anciano” (cf. 2 Jn 1; 3 Jn 1) y como testigo de la “Vida” manifestada en Jesús (cf. 1 Jn 1,1-3; 4,14); pero no dice su nombre. La opinión tradicional atribuye la primera Carta de Juan (así como la segunda y la tercera) al apóstol Juan; sin embargo, esa atribución es problemática. En cualquier caso, el autor de la carta es alguien que se mueve en el mundo joánico y que conoce bien la teología joánica.

Puede ser ese “Juan, el Presbítero” conocido de la tradición primitiva y que, aparentemente, era un personaje distinto de “Juan, el apóstol” de Jesús.

Tampoco hay, en la Carta, ninguna referencia a un destinatario, a personas o a comunidades concretas. La misiva parece dirigirse a un grupo de iglesias amenazadas por el mismo problema (herejías). Se trata, probablemente, de iglesias de Asia Menor (alrededor de Éfeso), como dice la antigua tradición.

El autor no se refiere, de forma directa, a las circunstancias que motivaron la composición de la carta. Del tono polémico que encontramos en distintos pasajes puede deducirse que las comunidades a las que la carta se dirige viven una crisis grave. La difusión de doctrinas incompatibles con la revelación cristiana, amenaza comprometer la pureza de la fe.

¿Quiénes son los autores de esas doctrinas heréticas? El autor de la Carta les llama “anticristos” (1Jn 2,18.22; 4,3), “profetas de la mentira” (1Jn 4,1), “mentirosos” (1Jn 2,22). Dice que ellos “son del mundo” (1Jn 4,5) y se dejan llevar por el espíritu del error (1Jn 4,6). Hasta hace poco tiempo, pertenecían a la comunidad cristiana (1Jn 2,19), pero ahora están fuera e intentan desorientar a los creyentes que permanecen fieles (cf. 1Jn 2,26; 3,7).

¿En qué consistía el “error”? Los heréticos en cuestión pretendían “conocer a Dios” (1Jn 2,4), “ver a Dios” (1Jn 3,6), vivir en comunión con Dios (1Jn 2,3) y, no obstante, presentaban una doctrina y una conducta en flagrante contradicción con la revelación cristiana. Rechazaban ver en Jesús al Mesías (cf. 1Jn 2,22) y al Hijo de Dios (cf. 1Jn 4,15), rechazaban la encarnación (cf. 1Jn 4,2). Para estos herejes, el Cristo celeste se habría apropiado del hombre Jesús de Nazaret en el momento del bautismo (cf. Jn 1,32-33), lo había utilizado para llevar a cabo la revelación y lo había abandonado antes de la pasión, porque el Cristo celeste no podía padecer. El comportamiento moral de estos herejes no es menos reprehensible: pretendían no tener pecados (cf. 1Jn 1,8.10) y no guardaban los mandamientos (cf. 1Jn 2,4), en particular el mandamiento del amor fraterno (cf. 1Jn 2,9). Todo indica que estamos delante de uno de esos movimientos pre-gnósticos que desembocará, más tarde, en los grandes movimientos gnósticos del siglo segundo.

El objetivo del autor de la Carta es, por tanto, advertir a los cristianos contra las pretensiones de estos predicadores heréticos y explicarles los criterios de una vida cristiana auténtica. En la confusión causada por las doctrinas heréticas, el autor de la Carta quiere ofrecer a los creyentes una certeza: son ellos y no esos profetas de la mentira quienes viven en comunión con Dios y quienes poseen la vida divina.

2.2 Mensaje

¿Cuáles son, entonces, los criterios de una vida cristiana auténtica, que distinguen a los verdaderos creyentes de los profetas de la mentira?

Antes de nada, los verdaderos creyentes son aquellos que aman a Dios y que aman, también, a Jesucristo, el Hijo que nació de Dios (v. 1). Jesús de Nazaret es, al contrario de lo que decían los herejes, Hijo de Dios desde la encarnación y durante toda su existencia terrena. Su pasión y muerte también forman parte del proyecto salvador de Dios (Jesús vino a presentar a los hombres un proyecto de salvación, “no sólo con agua, sino con agua y con sangre”, v. 6).

Amar a Dios significa cumplir sus mandamientos. Cuando amamos a alguien, procuramos realizar obras que agraden a aquel a quien amamos... No se puede decir que se ama a Dios si no se cumplen sus mandamientos... Y el mandamiento de Dios es que amemos a nuestros hermanos. Todo aquel que se considera hijo de Dios y que pertenece a la familia de Dios, debe amar a los hermanos que son miembros de la misma familia. Quien no ama a los hermanos no puede pretender amar a Dios y formar parte de la familia de Dios (v. 2-3).

Cuando el creyente ama a Dios, cree que Jesús es el Hijo de Dios y vive de acuerdo con los mandamientos de Dios, (sobre todo con el mandamiento del amor a los hermanos), vence al mundo. Amar a Dios, amar a Jesús, es amar a los hermanos, significa construir la propia vida en una dinámica de amor y significa, por tanto, derrotar al egoísmo, al odio, a la injusticia que caracterizan la dinámica del mundo (vv. 4-5).

Esta vida nueva que permite a los creyentes vencer al mundo, es ofrecida a los hombres a través de Jesucristo. La vida nueva que Jesús vino a ofrecer, llega a los hombres por el “agua” (bautismo, esto es, por la adhesión a Cristo y a su propuesta) y por la “sangre” (alusión a la vida de Jesús, hecha

don en la cruz por amor). El Espíritu Santo atestigua la validez y la verdad de esa propuesta traída por Jesucristo, por mandato de Dios Padre (v. 6).

Cuando el hombre responde positivamente al desafío que Dios le hace (bautismo), ofrece su vida como un don de amor por los hermanos (a ejemplo de Cristo) y cumple los mandamientos de Dios, vence al mundo, se convierte en hijo de Dios y en miembro de la familia de Dios.

2.3 Actualización

■ En la perspectiva del autor de la primera Carta de Juan, el proyecto de salvación que Dios presentó al hombre pasa por Jesús, el Jesús que se encarnó en la historia, que nos reveló los caminos del Padre, que con su muerte mostró a los hombres el amor del Padre y que nos enseñó a amar hasta el extremo de la donación total de la vida. También en la pasión y muerte de Jesús se nos revela el camino para convertirnos en “hijos de Dios”: el proceso pasa por seguir el camino de Jesús y por hacer de nuestra vida un don total de amor a Dios y a nuestros hermanos. ¿Que significa Jesús para nosotros? ¿Fue solamente un “hombre bueno” al que la muerte derribó? ¿O es el Hijo de Dios que vino a nuestro encuentro para proponernos el camino del amor total, a fin de darnos entrada en la vida definitiva? ¿El camino del amor, de la donación de la vida, del servicio, de la entrega que Cristo nos propone es una propuesta que asumimos y procuramos vivir?

■ Amar a Dios es adherirse a Jesús e implica, en la perspectiva del autor de la primera Carta de Juan, el amor a los hermanos. Quien no ama a los hermanos no cumple los mandamientos de Dios y no sigue a Jesús. Es preciso que nuestra existencia, a ejemplo de Jesús, se realice en el amor a todos los que caminan por la vida a nuestro lado, especialmente a los más pobres, a los más humildes, a los marginados, a los abandonados, a los sin voz. El amor total y sin fronteras, el amor que nos lleva a ofrecer íntegramente nuestra vida a los hermanos, el amor que se revela en los gestos sencillos de servicio, de perdón, de solidaridad, de donación: ¿se encuentra en nuestro programa de vida?

■ El autor de la primera Carta de Juan enseña, también, que el amor a Dios y la adhesión a Cristo “vencen al mundo”. Los cristianos no se conforman con la lógica del egoísmo, del odio, de la injusticia, de violencia que gobierna el mundo; a esta lógica ellos contraponen la lógica del amor, la lógica de Jesús. El amor es un dinamismo que vence todo aquello que oprime al hombre y que le impide llegar a la vida verdadera y definitiva, a la felicidad total. Aunque el amor parezca, a veces, significar fragilidad, debilidad, fracaso frente a la violencia de los poderosos y de los señores del mundo, la verdad es que el amor tendrá siempre la última y definitiva palabra. Solo él asegura la vida verdadera y eterna, sólo él es el camino para el mundo nuevo y mejor con el que los hombres sueñan.

3. Evangelio: Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 19-31

Al anoecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros.» Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.» Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidas.» Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.» A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros.» Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!» Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.» Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre.

3.1 Ambientación

Continuamos en la segunda parte del Cuarto Evangelio, donde se nos presenta la comunidad de la Nueva Alianza. La indicación de que estamos en “el primer día de la semana” hace, otra vez,

referencia al tiempo nuevo, a ese tiempo que sigue a la muerte/resurrección de Jesús, al tiempo de la nueva creación.

La comunidad, creada a partir de la acción creadora y vivificadora de Jesús, está reunida en el cenáculo, en Jerusalén. Se encuentra desamparada e insegura, cercada por un ambiente hostil. El miedo procede del hecho de no haber realizado todavía la experiencia de Cristo resucitado.

Juan presenta, aquí, una catequesis sobre la presencia de Jesús, vivo y resucitado, en medio de los discípulos que caminan por la historia. No le interesa tanto hacer una descripción periodística de las apariciones de Jesús resucitado a los discípulos; le interesa, sobre todo, mostrar a los cristianos de todas las épocas que Cristo continúa vivo y presente, acompañando a su Iglesia. Por último, cada creyente puede hacer la experiencia del encuentro con el “Señor” resucitado, siempre que celebra la fe con su comunidad.

3.2 Mensaje

El texto que se nos propone, se divide en dos partes bien distintas. En la primera parte (vv. 19-23), se describe una “aparición” de Jesús a los discípulos. Después de sugerir la situación de inseguridad y de fragilidad en la que se encontraba la comunidad (al “anochecer”, las “puertas cerradas”, el “miedo”), el autor de este texto presenta a Jesús “en el centro” de la comunidad (v. 19b). Al aparecer “en medio de ellos” Jesús se sitúa como punto de referencia, factor de unidad, vid alrededor de la cual se insertan los racimos. La comunidad está reunida alrededor de él, pues él es la fuente a la que todos van a beber esa vida que les permite vencer el “miedo” y la hostilidad del mundo.

A esta comunidad encerrada, miedosa, sumergida en las tinieblas de un mundo hostil, Jesús transmite por dos veces la paz (v. 19 y 21: es el “shalom” hebreo, con un sentido de armonía, serenidad, tranquilidad, confianza, vida plena. Se asegura, así, a los discípulos que Jesús venció a aquello que los asustaba (la muerte, la opresión, la hostilidad del mundo) y que, de aquí en adelante, los discípulos no tienen ninguna razón para tener miedo.

Después (v. 20a) Jesús revela su “identidad”: en las manos y en el costado traspasado, están los signos de su amor y de su entrega. Es en esos signos de amor y de donación donde la comunidad reconoce a Jesús vivo y presente en su ambiente. La permanencia de esos “signos” indica la permanencia del amor de Jesús: él será siempre el Mesías que ama y del cual brotarán el agua y la sangre que constituyen y alimentan a la comunidad.

Enseguida (v. 22) Jesús “exhaló su aliento” sobre los discípulos. El verbo aquí utilizado es el mismo del texto griego de Gn 2,7 (cuando se dice que Dios sopló sobre el hombre de arcilla, infundiéndole su vida). Con el “soplo” de Gn 2,7, el hombre se convirtió en un ser viviente; con este “soplo”, Jesús transmite a los discípulos la vida nueva que hará de ellos hombres nuevos. Ahora, los discípulos poseen el Espíritu, la vida de Dios, para poder, como Jesús, darse generosamente a los otros. Este Espíritu es el que construye y anima la comunidad de Jesús.

En la segunda parte (vv. 24-29), se presenta una catequesis sobre la fe. ¿Cómo se llega a la fe en Cristo resucitado? Juan responde: podemos hacer la experiencia de fe en Cristo vivo y resucitado en la comunidad de los creyentes, que es el lugar natural donde se manifiesta e irradia el amor de Jesús. Tomás representa a aquellos que viven cerrados en sí mismos (está fuera) y que no hacen caso del testimonio de la comunidad, ni perciben los signos de vida nueva que en ella se manifiestan. En lugar de integrarse y participar de la misma experiencia, pretende obtener (solamente para sí mismos) una demostración particular de Dios.

Tomás acaba, sin embargo, por hacer la experiencia de Cristo vivo en el interior de la comunidad. ¿Por qué? Porque en el “día del Señor” vuelve a estar con su comunidad. Es una alusión clara al Domingo, al día en que la comunidad es convocada para celebrar la Eucaristía: es en el encuentro con el amor fraterno, con el perdón de los hermanos, con la Palabra proclamada, con el pan de Jesús compartido, como se descubre a Jesús resucitado.

La experiencia de Tomás no es exclusiva de los primeros testigos, sino que todos los cristianos de todos los tiempos pueden hacer esta misma experiencia.

3.3 Actualización

■ Antes de nada, la catequesis que Juan presenta nos garantiza la presencia de Cristo en medio de la comunidad en marcha por la historia. Los discípulos de Jesús viven en el mundo, en una situación de

fragilidad y de debilidad; experimentan, como los otros hombres y mujeres, el sufrimiento, el desaliento, la frustración, el desánimo; tienen miedo cuando el mundo escoge caminos de guerra y de violencia; sufren cuando son tocados por la injusticia, por la opresión, por el odio del mundo; conocen la persecución, la incomprensión y la muerte... Pero están siempre animados por la esperanza, pues saben que Jesús está presente, ofreciéndoles su paz y señalándoles un horizonte de vida definitiva. El cristiano está siempre animado por la esperanza que brota de la presencia a su lado de Cristo resucitado. No debemos, nunca, olvidar esta realidad.

■ La presencia de Cristo al lado de sus discípulos, es siempre una presencia renovadora y transformadora. Es ese Espíritu, que Jesús ofrece continuamente a los suyos, el que hace de ellos hombres y mujeres nuevos, capaces de amar hasta el final, a la manera de Jesús; es ese Espíritu, que Jesús ofrece a los suyos, el que hace de ellos testigos del amor de Dios y que les da el coraje y la generosidad para continuar en el mundo la obra de Jesús.

■ La comunidad cristiana gira en torno a Jesús, es construida alrededor de Jesús y es de Jesús de quien recibe vida, amor y paz. Sin Jesús, estaremos secos y estériles, incapaces de encontrar la vida en plenitud; sin él, seremos un rebaño de gente asustada, incapaz de enfrentarse al mundo y de tener una actitud constructiva y transformadora; sin él, estaremos divididos, en conflicto, y no seremos una comunidad de hermanos... En nuestra comunidad, ¿Cristo es verdaderamente el centro?, ¿todo tiende hacia él y todo parte de él?

■ La comunidad tiene que ser un lugar donde hacemos, verdaderamente, la experiencia de encuentro con el Jesús resucitado. Es en los gestos de amor, de compartir, de servicio, de encuentro, de fraternidad (en el “costado traspasado” y en las llagas de Jesús, expresiones de su amor), donde encontramos a Jesús vivo, transformando y renovando el mundo. ¿Es eso lo que nuestra comunidad testimonia? Quien busca a Cristo resucitado, ¿lo encuentra en nosotros? El amor de Jesús, amor total, universal y sin medida, ¿se transparenta en nuestros gestos?

■ No es en experiencias personales, íntimas, cerradas, egoístas, donde encontramos a Jesús resucitado, sino que lo encontramos en el diálogo comunitario, en la Palabra compartida, en el pan partido, en el amor que une a los hermanos en comunidad de vida. ¿Qué significa, para mí, la Eucaristía?

Sacerdotes del Corazón de Jesús

www.scj.es